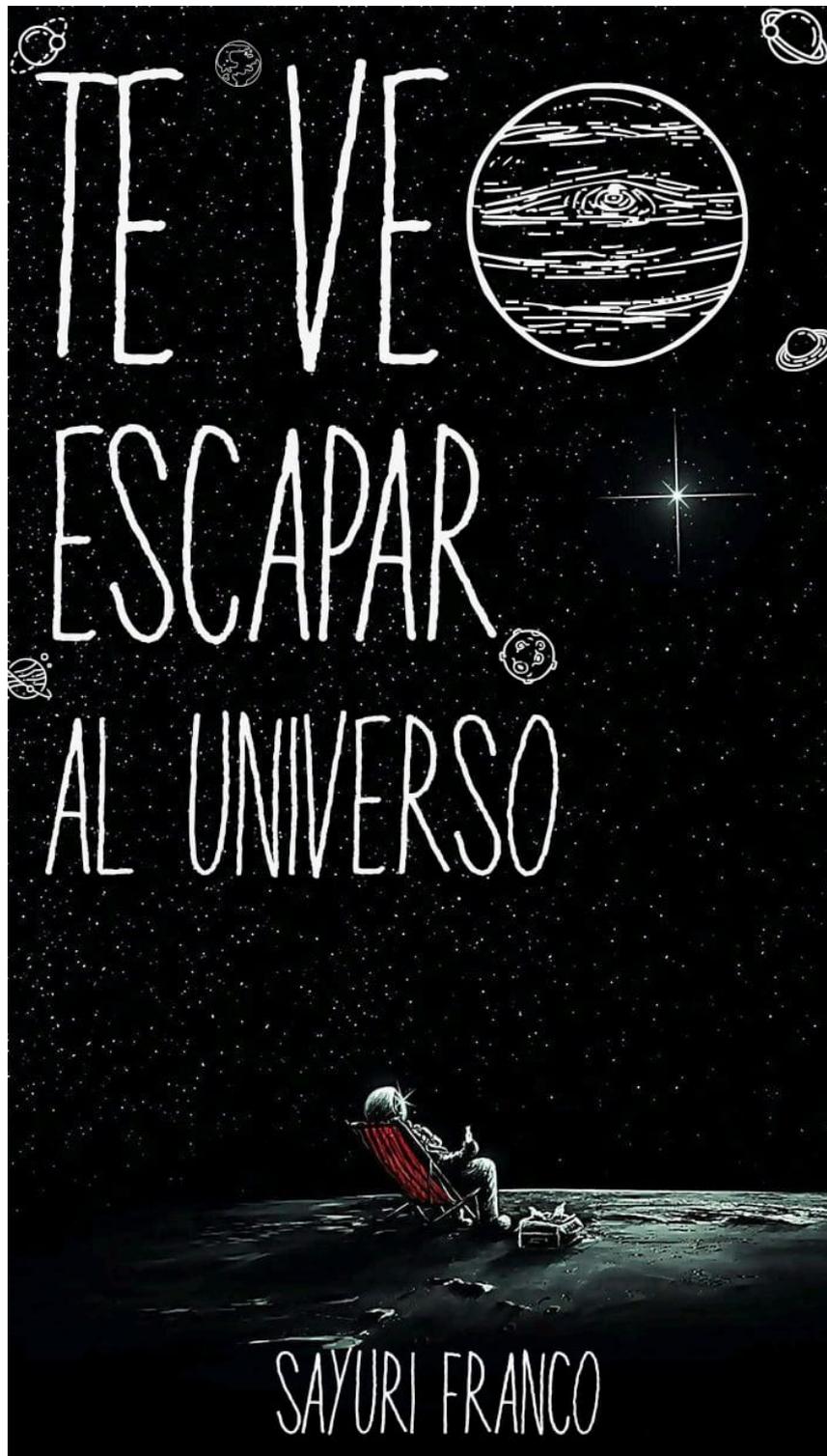


Te veo escapar al universo

Sayuri Franco Osorio



Capítulo 1

Te veo escapar al universo

Sayuri Franco Osorio

Me tomé la libertad de otorgarte, en nuestro pequeño patio trasero y en medio de los cordones que sostienen tus pantalones gigantes y mis blusas amarillas, un pequeño y sencillo campo de descanso compuesto por dos sillas de plástico y una mesa en la que te puse café, unas tres galletas y un pan tradicional de azúcar remojado en miel.

Quién sabe cuánto tiempo te tomó ir de la puerta hasta la silla que te aparté. Tus pies se arrastraron debajo de la tierra y tu espalda encorvada chocaba y trastabillabas con cada prenda de la colada.

—Hoy es una noche muy bonita, abuelo —te grité, porque tenías apagado el aparato en tu oreja.

Me miraste, apenas replanteándote qué hacías allí. Seguramente dejaste de dudar si era yo alguien de la familia o un simple muchachito greñado de la vecindad, porque te dejaste caer en la silla ni bien tus ojos chocaron con el café.

—Gracias, mijo —me dijiste.

—¿Ya viste el cielo? —te pregunté, señalándolo para que supieras de qué te hablaba—. ¡Hoy se ven muchas estrellas! ¡Debe ser porque estamos en pleno noviembre!

Asentiste, haciendo ruido al masticar el pan recién bañado en tu café, dejando caer torpemente migajas mojadas en la playera que te planché sino apenas ayer. Estabas mirando no hacia el cielo, sino a tus manos, viejas y temblorosas, magulladas por el trabajo de una juventud no explicada. Regordetas, igual que la luna que nos miraba.

—Nada parece en el universo... —te costó decir, haciendo muchos movimientos con la cabeza y quedándote como maquinando tus palabras.

—¿Por qué dices eso, abuelo?

—No lo digo yo. “Nada parece en el universo; todo cuando acontece en él...—vacilaste, cerrando los ojos con mucha fuerza—...todo cuanto acontece en él no pasa de meras transformaciones” Lo dijo Pitágoras de Samos. —Me miraste, y en tus ojos vi la luz de algo resplandeciendo a

partir de lo que recordabas—. ¡Era filósofo y griego matemático! —chillaste con alegría.

Me quedé petrificado, observando cómo seguías tirando el resto del pan a la tierra.

El hombre engarbado en su sillón, con los ojos casi en blanco mientras le hablábamos del pasado: aquel viejecillo corpulento y ya lento, vaya que sí, siempre necio a apartarse de la comida dulzona; la piel arrugada y caída volviendo su rostro una máscara triste de rutina, quedándose horas mirando la pared y con la vista fija, mi corazón se tambaleó de forma anómala y sorpresiva por escucharte hablar con tanto esfuerzo de algo que la familia sabe de sobra, ¡cómo te encantaba!

—Si tuviéramos un telescopio, te podría mostrar una estrella gigantona como las que me mostró mi papá. Arturo, que está en el hemisferio norte —dijiste al señalar una parte del cielo tan lejana de nosotros que sentí que querías pararte para dejarme en claro su ubicación—. O a Rigel, que se parece mucho a una llamada Sirio.

—¿Qué otra cosa hay en el cielo, abuelo? —te pregunté, ávido por verte entablar una conversación con más de dos frases sin pausar.

—¡Ay! —te reíste, dejando caer tu taza en el plato—. ¡Si te contara! ¡Tenía libros gruesos, de este tamaño más o menos, de puras historias bien bonitas acerca del universo! Me lo compré cuando iba por Tampico —aseguraste, con harta confianza en la mano—. Estaba la constelación de Andrómeda, una galaxia pero bien, bien difícil de ver. Yo si apenas pude. Un puntito así de nada —afirmaste—. La que sí vi fue a Orión y a la Osa Mayor.

—¿Y sí parece una osa?

—¡Sí! Rebonito el universo, ¿no?

—¿Qué más te gustó de lo que aprendiste cuando eras chico, abuelo?

—¿Aprender de qué?

—¡De las estrellas! —me inquieté.

Me miraste parpadeando, tosiendo y llevándote una mano al pecho para volver a tomar la taza de café, que ahora estaba vacía.

—Oye, mijo, ¿me sirves más café? —preguntaste, volviendo a mirar al cielo.

La congoja me arruinó. Casi estaba seguro de que mis lágrimas se desbordarían de un momento a otro nada más te alcanzase la mano para pedirte la taza, sabiendo que cuando regresara, ¿quién sabe? ¿Cuánto tiempo teníamos a nuestro favor?

—Lo bonito de las estrellas y la noche, son sus historias, mijo —me dijiste de repente, y te volví a ver con el rostro perplejo—. Hay muchas cosas de los griegos allá arriba que me gustó saber cuando tenía tu edad. Y vieras que no solo está la figura de Zeus ni las leyendas que me contaron pa' dormir.

—¿Qué más hay? —pregunté atropelladamente, necesitando que tu esencia y alma no se alejasen ni un solo minuto más.

—Pues es que hay de todo. Hay animales, dioses, seres y héroes que fueron venerados en distintas culturas del mundo, como en Egipto. Así como nosotros una vez veneramos a Quetzalcóatl, ellos hacían lo mismo con las estrellas. Cada uno poniendo su granito de arena; que uno quitándole, que otro añadiéndole. Pero meros mitos, mijo: leyendas que otros creen reales.

Suspiraste, y auspicié que sería aquella la última vez que te escuchase hablar tanto y sin interrupciones ni tartamudeos por recordar lo que en muchos años aprendiste y valoraste como algo más que parte de tu vida.

Ojalá hubiera tenido más que preguntar. Las luces artificiales de la ciudad a la lejanía no eran nada comparado a la brillantez del cielo oscuro de noviembre, dejándonos caer su inmensidad como un relámpago que te deja congelado.

¿Qué sentías al verlo tan extraordinario y extenso, lejos, muy distante y desconocido? Tú bogando entre tu imaginación de infante y con mi bisabuelo cargándote y señalando lo más bonito entre lo visible del lugar, tal y como me hubiera encantado que hicieras tú en ese momento, dejando atrás tus ropas seniles y la infernal zona añeja para volverte de frente a tu apogeo y contarme, enseñarme y reconocer que quien iba a cargar ahora con tus ideales sería yo! ¿Quién más que yo?

Prometiéndote aprender lo que yo siempre quise saber; y mi madre necesitando que vuelvas y revivas para toda la familia, con un ojo en la tierra y otro en el negro océano que trae consigo a las constelaciones como Las Pleyades, o como nuestro signo. Algo más que no sea verte sentado y olfateando las horas para irte a dormir.

—A tu abuela, a tu mamá Talita, le pedí matrimonio un día que investigué iba a ser la caída de un cometa. Pero no pasó. —Sonreíste hacia mí, y las bolsas debajo de tus ojos se hicieron regordetas con la mueca que acarició tu sonrisa y levantó todas las arrugas de tu cara—. ¡Qué bonito es

recordar! ¿Verdad, mijo?

—Sí, abuelo —te respondí, llorando.

Te dediqué mis besos y mis apretones de manos los siguientes cinco minutos cuando el reloj fue a parar a las doce. Me imaginé que algo nuevo se posaba en la Vía Láctea, en alguna de las lunas de Júpiter o en una galaxia remota de desconocido renombre. Sabía que tu más idónea manera de partir sería volviéndote uno solo con el espacio que cubre nuestra tierra, yo rezando porque mi abuela fuera parte también de una de esas estrellas.

Quizás de esa manera (me gusta imaginar), te hice muy feliz haciendo manifiesto de lo que más te encantaba. Me imbuye tu recuerdo ahora, contemplando la negrura de tu fantasma virando en plena galaxia.